

gión de la virtud razonada...» Y refiriéndose á uno de los representantes de *aquella* juventud, á Calderón, añade: «Y oyéndole, don Alfredo me parecía un símbolo. Era toda aquella generación ya envejecida, ya pasada; pero que no puede morirse, porque nosotros, colectivamente, *no hemos traído nada que la sustituya*. Aun vivimos de Sanz del Río y de la jornada de Septiembre. ¿Qué sería de España sin los Calderón, los Salmerón, los Giner, los Azcárate?...»

En efecto; como el mismo Zulueta ha reconocido, los llamados *jóvenes*, «aquella generación literaria, romántico-anarquista, que hacía gala de rehuir, de despreciar y hasta de ignorar las formas organizadas de la actividad colectiva», ha hecho «quiebra ideal». No hay nada todavía que reemplace al «krausismo». Pero si Zulueta se fija, verá que, tras los *viejos*, tras los de la generación de Septiembre, hay otras generaciones menos granadas que de aquélla derivan y que, en la fructificación, muchas veces original, de su ideas, que abren nuevos horizontes, perpetúan el sello de «la juventud de 1868», y lejos de rehuir la confesión de ser hijas espirituales de aquélla, se complacen en afirmarlo y aspiran á ser dignas de una filiación cuya mayor gloria sería no estancarse en repeticiones de lo ya dicho, sino llevar á nuevos y más altos desarrollos la semilla que recibieron para que germinase, no para disecarla.

## IV

## Alfredo Calderón

La muerte de Alfredo Calderón nos ha dolido á todos de un modo profundo, pero á nadie ha sorprendido. Años ha que él venía muriéndose y deseando que la muerte le librase de la vida. Era un desengañado, un dulce y amable sentimental que se había despedido de la dicha irrevocablemente, que ya no esperaba ni pedía nada para sí, y ante el cual la existencia carecía de colores alegres y atractivos. Pero no era un escéptico.

Como muchos otros moralistas—Calderón era eso, radicalmente—, desconfiaba de los hombres, sabedor de la facilidad con que se adueñan de nuestro espíritu el egoísmo y las miserias del vivir; pero conservaba la fe íntegra, pura, en las ideas, que también se adueñan de los hombres y los arrastran á empresas heroicas. Á esa fe sacrificó los intereses positivos con cierto estoicismo romántico que las almas secas no comprenden y que constituye la santa poesía de los que piensan alto y sienten hondo. Leyendo atentamente sus artículos, se ve en ellos al punto, bajo la amarga comprobación histórica del triunfo de lo malo, la creencia en lo bueno y la inquebrantable esperanza en su victoria y en el poder que le asiste de transformar el mundo.

Calderón sabía bien que lo ha transformado allende los Pirineos. Quizá como muchos otros patriotas (que por serlo tanto, llegan á ser pesimistas) desesperaba de la regeneración española, ó cuando menos, allá en el fondo de su con-

ciencia, la veía envuelta en nieblas espesísimas; pero no desesperaba del porvenir de la humanidad, en que es cifra pequeña la de un pueblo de veinte millones de habitantes. Y aun respecto de ese pueblo era de ver cómo, ante el más leve chispazo de vida, ante la más ligera y á menudo engañosa luz de aurora nueva, Calderón recobraba todo su ánimo y entonaba el *Sursum corda*. Quizá la muerte le ha sorprendido en uno de esos momentos de confianza reverdecida, que todos quisiéramos tener.

La explicación de ese optimismo fundamental en Alfredo la dan sus años. Pertenecía á la generación de 1868, á la que formó su espíritu en las predicaciones democráticas anteriores y coetáneas al estallido revolucionario y en el hondo sacudimiento de ideas, lleno de fe en la obra de la razón, que produjo el krausismo; y aquellos hombres —los que realmente se asimilaron la doctrina, no los que la llevaron por algún tiempo pegada á la piel— creían en la fuerza incontrastable del pensamiento como educador y salvador y en el empuje victorioso del progreso. La explosión de 1868 fué para ellos como el florecer de una era nueva, que había de mudar los destinos de la patria. Todo les pareció fácil de conseguir y de afirmar; y el desengaño, que vino pronto, si les hizo variar de táctica (llevándoles á perseguir por otros caminos el efecto último de crear la España nueva), no les robó la fe, que sigue brillando aún en el alma de los que parecen rendidos por los golpes continuados de la realidad: gentes en quienes la continuación de la lucha, el trabajo ininterrumpido, es como esos actos de culto irreprimibles que denuncian, en los hombres externamente divorciados de toda creencia, cómo persisten en el fondo del espíritu las que formaron el ambiente de su infancia.

Hay en la vida de Calderón un hecho insignificante al parecer, que revela ese estado. En 1888 Castelar pronunció en el Congreso aquel último discurso suyo, despedida de la política militante, testamento en que declaraba agotada su significación ideal de medio siglo de historia española.

Calderón oyó aquel discurso; lo oyó sentado, en la tribuna de los periodistas, junto á un muchachuelo que no había conocido la revolución de 1868, que no había escuchado á Castelar en sus tiempos heroicos y para quien Castelar fué, aquella tarde, una desilusión como orador y como político. Comunicó sus impresiones á Calderón, y éste, que no aprobaba, que no podía aprobar de ningún modo la deserción del viejo demócrata, del tribuno de la República, contestó emocionado, vibrándole las manos con el aplauso reprimido: «Es que usted no ve, no puede ver al Castelar verdadero, al que nos educó á todos en la doctrina democrática, al que encendió en nosotros los hombres de mi época el amor á las libertades, á la tolerancia, al vivir justo y digno del ciudadano moderno; y yo lo he vuelto á oír hoy, y aunque él se empeñe en otra cosa con sus palabras y sus actos, para mí será siempre el verbo de las más altas ideas que han iluminado mi vida. Lo que puso en mí cuando yo era joven, quedará eternamente, y ha vibrado una vez más esta tarde al conjuro de su voz. Lo de ahora, lo del momento, no significa nada frente á lo otro.» Y cuando poco después, en el mismo año, sostuvo con *Clarín* aquella hermosa discusión referente á Castelar (1) que no se ha reimpresso en ninguna de las colecciones de sus artículos, mostró bien claramente cómo distinguía entre la persona y la representación ideal y cómo, apartado entonces de aquella, seguía unido á ésta, cuya vitalidad no pueden destruir los cambios circunstanciales de los hombres.

Por esa fe persistente, á pesar de los desengaños que la acción humana procura de continuo, Calderón no era, en el fondo, lo que una observación superficial de su gesto y de sus escritos podría llevar á suponer. Su gesto, la sonrisita amarga de su boca, el desmayo de todas las facciones, hacían pensar en los retratos de Leopardi. Muchos de sus artículos recordaban también la musa desesperada que inspiró el *Canto nocturno de un pastor errante del Asia*; y la

(1) En el diario republicano de Madrid *La Justicia*.

sugestión era tan poderosa, que por modo instintivo yo, el día en que supe la muerte de Alfredo, cogí de mi biblioteca las *Poesías* de Leopardi y releí muchas de ellas, evocando la memoria del amigo que acababa de perder, pareciéndome que conversaba con su espíritu. Y sin embargo, no era así. La sonrisita triste de Alfredo era la de un resignado, la de un hombre que sabe todo lo pequeño é infeliz que tiene la vida, pero no la de un descreído. Verdad es que Leopardi tampoco lo era en el fondo, y que de las épicas lamentaciones de su oda á Italia se desprende un sentimiento patriótico que halla en su misma fuerza la promesa segura de un porvenir mejor.

\*  
\*  
\*

La personalidad intelectual de Alfredo Calderón tuvo desde 1888 una representación predominante y popular que ha concluido por absorber á las otras: la de periodista. España, Europa, América, saben de él como autor de artículos, y mucha gente creerá que no ha habido en su lira otra cuerda. Es un error. Calderón era ante todo un filósofo y un jurista, y su corte profesional el de catedrático. Hizo su aprendizaje docente en la Institución Libre de Enseñanza. Con Giner de los Ríos ha trabajado en aquel substancioso librito de *Principios de Derecho Natural* (1873), que á tantos adoctrinó para toda la vida; en las *Lecciones de Psicología*, que han sido aquí, por muchos años, la exposición más comprensiva y clara de las teorías modernas, y en el *Resumen de Filosofía del Derecho*, hermosa condensación de ideas, que cuando penetren en el espíritu español y por él sean asimiladas, transformarán, en un sentido verdaderamente nuevo, la conciencia jurídica de nuestras clases directoras, que aun viven de los detritus de los viejos sistemas. También es de él un libro interesantísimo, como exposición de doctrinas y como documento histórico, en que, allá cuando luchaban en nuestro país la filosofía de las escuelas espiritualistas con las diversas corrientes del

positivismo, que andando el tiempo habían de penetrar y modificar el pensamiento de algunos de los discípulos de Krause, dió cuenta del *Movimiento novísimo de la Filosofía natural en España* (Biología natural, Física, Morfología natural, Uranología, Botánica, Zoología). Si con todo este bagaje científico, con toda esta sólida y extensa preparación, no llegó Alfredo á regentar una cátedra universitaria (función á la que parecía llamado por muchas condiciones de su espíritu), culpa es de dos causas fundamentales que en contra de él se ejercieron; la hostilidad á las ideas llamadas radicales—y especialmente al krausismo y sus derivaciones—que caracterizó durante mucho tiempo la política pedagógica de los hombres de la Restauración, y la naturaleza misma del modo de reclutamiento de nuestro profesorado, las decantadas oposiciones, que tan bien sirven para realzar las cualidades brillantes de la inteligencia, aunque sean de puro aparato exterior en detrimento de otras más positivas. Alfredo no era orador ni entendía de pujilatos de ciencia que caen muchas veces en disputas de méritos personales, ni sabía decir las cosas sino de una manera llana, modesta, casi temerosa, que en los jueces solía hacer efecto de falta de dominio del asunto. No era hombre á propósito para triunfar en esa clase de pruebas. En cuanto á la primera causa, baste saber que por aquellos días fué rechazado un opositor por haber escrito en su programa, con letra mayúscula, la palabra Ser ú otra semejante, y que Costa, Joaquín Costa, perdió unas oposiciones por el voto de un juez que razonó así: «Es un hombre que vale mucho, que sabe mucho; pero es un hombre funesto por sus ideas. No puedo votarlo.»

Calderón se refugió en el periodismo. Pudo haber tomado la dirección literaria, ya en la forma crítica, ya en la creadora. Para la primera poseía admirables cualidades, análogas á las de *Figaro*, á quien se parece en muchas cosas y sobre quien llevaba la ventaja de una gran cultura, cualidades que demostró en algunos de sus artículos. En la segunda se había iniciado con una novela publi-

cada en la *Revista de España*, sin que podamos decir hoy, tratándose de un género que no volvió á tocar, si realmente tenía aptitudes para cultivarlo con gloria. Pero no escogió ninguno de esos dos caminos. Sus convicciones políticas, su preparación filosófica é histórica y el humorismo fundamental de su espíritu, lo llevaron á ser cronista y escritor de costumbres, y en ambas cosas fué un modelo.

Nadie ha sabido mejor que él comentar el hecho del día, el hecho fugaz de escasa importancia aparente en muchos casos, y educir su más alta significación ideal. Nadie mejor que él ha sabido, á propósito de una *nonada*, remover el fondo de la psicología nacional española. Nadie ha fustigado de manera más suave en la forma, más dura y sentenciosa en el fondo, la hipocresía humana, la desorientación de los políticos, el egoísmo de los «intereses creados», que de todo lo grande hacen tabla rasa si les molesta para su triunfo. Nadie se ha burlado con más gracia que él, con más verdadero *humour* británico, de las «mentiras de la civilización», de las idolatrias de nuestro tiempo, que mucha gente abomina de labios afuera mientras interiormente les rinde el espíritu. Su *Discurso contra la elocuencia* es, en este respecto, una obra clásica. La colección de sus artículos basta para reconstruir la historia moral de la España de fines del siglo XIX, de esa España materializada, deprimida conscientemente por una política que buscó en la ridiculez de los ideales la garantía para su dominación sin contratiempos, y que él fué pintando línea por línea, color por color, sobre la base de sus manifestaciones cotidianas. El estilo de Calderón, más jugoso, menos cortante y menos abstracto también que el de Pi y Margall; más sosegado, mucho menos brillante y generalizador que el de Costa, á cuyo tono apocalíptico era refractaria la pluma de Alfredo, se prestó en cambio, admirablemente, á la penetración suave y honda del espíritu de su época, es decir, de la época de su virilidad y de su vejez prematura, tan diferente de la de su juventud.

Pero hasta en esa profesión periodística se manifestó

original Alfredo. No era hombre de redacción—aunque llegó á dirigir un periódico—, y menos hombre de salón de conferencias, de corrillo, de peña cafeteril. Frecuentaba poco el trato de sus colegas, y por eso no fué popular en el gremio al modo de otros contemporáneos suyos. La mayoría de sus artículos—aun cuando era redactor de plantilla de un solo diario—los escribió en su casa, en su gabinete, á la manera inglesa, como un colaborador en quien se tiene confianza absoluta y que produce su obra desde afuera con la tranquilidad del más refinado literato, sin más comunicación con el director que el envío de las cuartillas. Ese aislamiento, esa vida retirada, le perjudicó profesionalmente; pero aun más lo inquebrantable de sus convicciones, la serena independencia de su pluma, que á nada ni á nadie se rendía. Esto último le cerró probablemente el camino de muchos periódicos; y no porque él llegara á negarse con fiereza á solicitudes de colaboración, pues nunca tuvo el más ligero asomo de orgullo, sino porque faltaron, naturalmente, las solicitudes de parte de quienes sabían muy bien que Calderón no se plegaría jamás á otro programa que el suyo propio y no dejaría de decir en ninguna parte lo que su juicio le dictara respecto de las ideas y de los hombres. Espíritus así, aunque no hablen de política, se acomodan mal á las flexibilidades que impone, por lo común, el escribir en los diarios.

\*  
\*  
\*

Del periodismo suele hablarse mal á menudo. Que hay motivo para ello, no lo negaré yo, ciertamente, por lo mismo que he sido periodista y en alguna manera sigo siéndolo todavía; pero es indudable que también pueden decirse de él muchas cosas buenas, incluso desde el punto de vista de la formación espiritual de sus cultivadores. Una de esas cosas se refiere al estilo, al *savoir faire* literario. Hay en la labor periodística condiciones que sirven admirablemente á la depuración del estilo y le comunican

ualidades de precisión, de sobriedad, de energía, que en el retiro del gabinete no se adquieren con tanta facilidad. Muy probablemente, aquel casticismo impecable, aquella sobria pureza con que Pi llegó á escribir en sus últimos años—Pi, el romántico colaborador de Piferrer en los *Recuerdos y bellezas de España*—se debió á la labor continua del periódico. En Calderón se produjo lo mismo, á mi entender; caso aparte de la disciplina que recibió su pluma en la acomodación á las exigencias didácticas de algunos de sus libros.

Ello es que, desde la expresión todavía vacilante del estudio sobre el *Movimiento novísimo de la Filosofía natural*, á los artículos coleccionados en *Nonadas*, en *Á punta de pluma*, etc., hay una gran distancia y un progreso evidente. El Calderón de los artículos es un clásico, uno de los escritores modernos que con más graciosa majestad, con más sencilla y sólida sintaxis han manejado el habla castellana. Su corrección no es fría y académica, sino animada, viva, rebosante de pensamiento, que encuentra siempre la expresión limpia y adecuada que le corresponde. No se embarulla nunca, no tropieza, no se diluye en inútiles arabescos. Recuerda á veces á Gracián en la sobriedad precisa, no en los recodos conceptuosos ó gongorinos; á veces á Voltaire, en los giros irónicos de una exquisita finura, cuyo secreto también tuvo Valera. Y todo ese hermoso decir que toca en la elocuencia cuando el asunto lo pide, sirve de vehículo admirable á un pensamiento siempre alto, generoso, humano, manifestación de uno de los espíritus más buenos y dulces que han vivido en la España de hoy, tan propicia á la exasperación, al apasionamiento ó al pesimismo que acaba por no creer más que en el mal.

---

## Nuestra enseñanza

---

### I

#### La Extensión universitaria

Uno de los hombres de talento más varonil y profundo que en España tenemos, conocedor como nadie de nuestra Historia interna en sus manifestaciones más íntimas, en sus elementos psicológicos más fundamentales—Joaquín Costa, para decirlo de una vez—, estima que entre las leyes del alma nacional debe considerarse como probada la del cansancio rápido en toda empresa, en todo esfuerzo, individual ó colectivo. Ese cansancio prematuro hace infructuosas las iniciativas del espíritu español que, por ironía de la suerte, es al propio tiempo uno de los más despiertos y agudos que se conocen, dotado de viva intuición con que se adelanta á los tiempos y siembra ideas y novedades cuyo fruto nunca es él quien recoge.

Costa apoya su afirmación con grandísimo número de ejemplos, en su mayoría indiscutibles. Séalo ó no también la conclusión que de ellos saca, no cabe duda que la opinión general piensa como Costa y confía poquisimo en el *esprit de suite*, en la *firme y constante* voluntad y afición de los españoles de España, en punto á cualquier empeño, ya ideal, ya práctico. Siempre que aquí se inicia algo plausible, las gentes se preguntan recelosas: «¿Durará mucho?» Y como los hechos les dicen á menudo que no, el pesimismo